

Evangelizar a los «hijos de la calle»

ANTONIO JORRIN ANDRES
JOSE ROMAN PEREZ CONDE

Introducción

Para casi todos su presencia ya no resulta rara. Forman parte del paisaje urbano, como un elemento configurador más. Quien más y quien menos hemos cruzado una mirada y, tal vez, alguna palabra con ellos, cuando el semáforo se ha puesto rojo y nos han puesto en un aprieto con sus pañuelos de papel, o cuando han intentado limpiarnos el cristal del coche. No es difícil encontrarlos en «horas de escuela» en billares, salas de juego o sentados en un banco de una calle cualquiera con su inseparable cigarro y con cara de estar «buscándose la vida».

Son los «hijos de la calle», adolescentes y jóvenes que no desean seguir estudiando. Que han carecido de un verdadero hogar familiar, que les proporcione afecto y seguridad. Que han vivido la escuela como lugar de descalificación, frustración y

fracaso, y la abandonan «voluntariamente». Mientras esperan conseguir un trabajo, la única ocupación de una buena parte de ellos es el callejeo, encontrando en la pandilla su propia afirmación negada hasta entonces.

La reflexión contenida en las páginas siguientes quiere ser un acercamiento solidario a la realidad de estos «hijos de la calle», a los que desde muy temprana edad se etiqueta como inadaptados/marginados... por una gran parte del colectivo social que se comporta con ellos, más o menos conscientemente, de una forma que podemos tildar de hipócrita.

La problemática de este «divorcio social» no surge de la noche a la mañana, sino que es fruto de una larga historia de frustraciones a nivel familiar, escolar y social. Son adolescentes y jóvenes que han importado muy poco. De niños, casi nadie se preocupó de ellos, hasta que a partir de los 12 o 13 años sus acciones empezaron a tener serias repercusiones sociales. Es en este momento, cuando los que permanecían en el olvido más absoluto surgen socialmente con el etiquetado de inadaptados, marginados, fracasados. Pocos recuerdan sus muchos años de infrasocialización y en muchos casos de explotación. Es bueno recordar que antes que a un adolescente se le cuelgue el cartel de «inadaptado» y, por lo tanto, se convierta en un problema individual con nombres y apellidos, se ha permitido, sin hacer casi nada por evitarlo, que en él confluyan gran parte de los elementos y factores de los procesos que desembocan en la «inadaptación/marginación».

Por eso, más que de inadaptación, que supone considerar a un grupo «normativo» como paradigma con el que se comparan los demás, habría que hablar más bien de adolescentes «desfavorecidos socioculturalmente». Cuando en el presente artículo se hable —debido a su gran difusión en la literatura psicopedagógica actual— de inadaptación, se ha de entender desde estas matizaciones.

De todas formas, más que los calificativos, lo que nos interesa constatar es la existencia de una cruda realidad: la del enorme

deterioro en que se desenvuelve vitalmente un sector del colectivo infanto-juvenil, que se traduce en diversas formas de abandono, desescolarización, falta de estímulos culturales, familiarización con conductas agresivas, vida familiar muy poco gratificante, etc.; lo que desemboca en situaciones cada vez más desestructuradas y/o conductas tipificadas como «marginales».

Son adolescentes y jóvenes que gritan vitalmente «¡Viva la calle!», pues en este ámbito, en la calle, deciden lo que son y lo que quieren ser o hacer. Aquí también se inician, desde sus pandillas, en pequeñas actividades delictivas, que muy fácilmente van en progresión creciente. Y en la calle sufren la crisis de una vida vacía, dura y sin expectativas de futuro.

Esta situación supone un reto para la sociedad, pero a la vez una llamada ineludible para la Iglesia. Al creyente no le basta simplemente con conocer la realidad o con dar «más o menos». Se nos exige solidaridad —al estilo de Jesús de Nazaret— en un proyecto social en el que se privilegie lo «excluido», pues en el creyente la lectura socio-analítica de la realidad ha de provocar una lectura teológica: la pobreza, como generativa de procesos de inadaptación y marginación, es fruto de una situación de pecado social y de egoísmo exacerbado de una sociedad eminentemente consumista y despersonalizada. Ante esto, la apuesta del creyente consiste en dar testimonio de un Dios que cuestiona la realidad inhumana y degradante, que se alza en contradicción con su plan salvífico, caracterizado por ser un proyecto de amor, de solidaridad, de fraternidad, de justicia entre los hombres.

Pero antes de perfilar posibles respuestas a esta llamada, analicemos más en profundidad las características de los destinatarios a los que nos dirigimos.

I. Acercamiento a la realidad de los «hijos de la calle»

Si conceptos como personalidad, adolescencia, inadaptación, son ya de por sí complejos, esta complejidad se acrecienta si,

además, interrelacionamos los tres términos, pues se mezclan una serie de matices y características diferenciales que es preciso tener en cuenta desde el mismo comienzo de la relación con los «hijos de la calle».

Esta complejidad comporta y exige un estudio interdisciplinar de los factores desencadenantes del fenómeno de la inadaptación/marginación. La misma abundancia de adjetivos (inadaptado, marginado, carencial, desfavorecido, explotado...), que utilizamos para calificar a estos adolescentes, es una buena prueba de ello.

Por este motivo, para efectuar un análisis de las características que configuran la personalidad del adolescente inadaptado, es necesario partir del análisis de factores de orden psicosocial, ya que es una problemática que atañe a todos los niveles del ser humano: tanto en su dimensión comunitaria, como personal, evitando cargar sobre un único aspecto todo el peso de la causa de la inadaptación. La complejidad del fenómeno hace imposible que se puedan aplicar causas estrictas y excluyentes.

A continuación queremos presentar los rasgos más deficitarios de estos adolescentes, desde una visión dinámica que englobe todos los aspectos cognoscitivos, emocionales, ambientales y comportamentales. Antes de pasar a enumerar dichos rasgos configuradores hagamos una observación preliminar.

Es necesario caer en la cuenta del peligro que entraña realizar una división tajante de los rasgos, pues en la realidad aparecen interrelacionados, de manera que una clasificación diferenciada es metodológicamente aceptable, aunque imposible en la práctica, ya que una determinada persona no sólo presenta unas determinadas características personales que lo diferencian de cualquier otro, sino que a menudo sus comportamientos variarán completamente de una situación a otra en función de sutiles matices de situación. De esta manera, el hecho de que paralicemos los factores configuradores de la personalidad del adolescente responde más a una razón metodológica que jerárquica.

1. A nivel personal

La psicología de estos adolescentes viene caracterizada por:

- *Un desarrollo intelectual deficiente:*

La carencia de estimulación recibida, debido a la socialización en contextos desfavorecidos cultural y económicamente, lentifica o impide la adquisición del pensamiento formal, que a su vez acarreará dificultades en la interiorización de normas abstractas y la adquisición de una visión coherente de su propia imagen.

- *Imagen distorsionada de sí mismo:*

Las experiencias frustrantes y negativas que ha recibido impiden que asuma el pasado, repercutiendo en el proceso de identificación con los modelos que su entorno le proporciona. Lógicamente, estas dificultades distorsionarán la percepción de su propia imagen.

- *Sentimiento de inseguridad básica:*

Poseer una imagen negativa de sí mismo trae como consecuencia una inseguridad global y una falta de confianza en sus propias posibilidades para cambiar de situación.

- *Falta de interiorización-reflexión:*

Se caracteriza por una incapacidad manifiesta para preguntarse por las causas y porqués de las cosas.

- *Impulsividad y agresividad:*

Tendencia a actuar de forma inmediata, en referencia directa al estímulo que se le presenta, sin tomar en cuenta las consecuencias que se pueden derivar de su comportamiento. Si el resultado es la frustración, la violencia y la agresividad son su forma habitual de reaccionar.

2. *A nivel ambiental*

El ambiente en el que viven estos adolescentes y sus familias se caracteriza por un nivel socioeconómico y cultural bajo, al que hay que unir condiciones materiales de vivienda y equipamiento deficientes.

3. *A nivel familiar*

La situación familiar se caracteriza por un elevado porcentaje de situaciones conflictivas y negativas: malas relaciones entre los padres, escasa interrelación padres-hijos, poco control paterno sobre los hijos, transmisión de pautas educativas inadecuadas... y, sobre todo, graves carencias a nivel psicoafectivo.

4. *A nivel escolar*

Aquí la situación no es tampoco buena. Debido a la rigidez del sistema educativo y a la falta de verdaderos mecanismos compensatorios de las desigualdades, los problemas o carencias con los que llega este tipo de población a la escuela no sólo no se corrigen, sino que se agudizan dando como resultado: absentismo escolar, abandono temprano de la escolaridad o incorporación tardía, retraso, escasas expectativas de éxito, etc.

5. *A nivel de grupo de amigos*

La socialización en el grupo de iguales entre este tipo de adolescentes es muy importante. Para ellos la pandilla adquiere mucha relevancia como forma de convivencia y de búsqueda de satisfacción de necesidades que no han sido convenientemente cubiertas ni por la familia ni por la escuela. La relación de amistad se produce generalmente en la calle. De ahí que una de sus actividades preferidas sea la de estar en la calle con los amigos. La pandilla se convierte así en un instrumento que

posibilita la diversión y en una plataforma para actividades más «agresivas».

De lo dicho hasta ahora podemos deducir que el etiquetado de «inadaptado», que tan fácilmente se coloca a estos adolescentes, es inadecuado ya que en realidad lo que nos encontramos es con un ser «necesitado», una persona a la que se le ha privado de las condiciones de desarrollo básicas, necesarias para su correcta adaptación social.

Por eso, si conocemos las necesidades básicas de estos adolescentes, podremos delimitar más acertadamente los objetivos básicos que deben sustentar cualquier proyecto que con ellos se quiera realizar.

Desde nuestro punto de vista las *necesidades básicas* del adolescente en situación de riesgo serían:

- a) *Necesidad de una identidad personal positiva*, frente a la ausencia de experiencias afectivas gratificantes y sentimientos de inseguridad y abandono que estos adolescentes han padecido. Esto facilitará una reconciliación consigo mismos que les ayudará a sentirse protagonistas de su propia existencia.
- b) *Necesidad de un clima social adecuado donde estos adolescentes se sientan estimulados, aceptados y valorados como personas*. Esto permitirá que las relaciones que surjan de este ambiente reviertan positivamente en nuevas imágenes sociales, favoreciendo la mejora de su auto-concepto.
- c) *Necesidad de una formación básica que les posibilite el acceso a la cultura*. Esto contribuirá a que puedan afrontar y comprender mejor su realidad y se desenvuelvan con mayor autonomía y libertad dentro de la sociedad a la que pertenecen.
- d) *Necesidad ocupacional que responde a la carencia o ausencia de hábitos o habilidades que les capaciten para integrarse con unas mínimas garantías de éxito en*

el mundo del trabajo. La adquisición de esos hábitos y habilidades será la puerta que puede introducirles en «perspectiva de futuro», tan necesaria para su estabilidad personal y emocional.

- e) *Necesidad de modelos adultos significativos que sirvan de referencia y confrontación a la hora de ir configurando sus propias escalas de valores y analizando sus conductas.* Para ello, nosotros, como educadores, hemos de ser capaces de crear vinculación con el adolescente y de ofrecerle modelos de referencia.

II. La calle como ámbito configurador

El adolescente desfavorecido busca en la calle la seguridad que no ha encontrado en otros ámbitos. Así, poco a poco, cuando en la familia han fallado las relaciones humanas más básicas; cuando la escuela se ha convertido en juez de tantos mal llamados «niños fracasados»; cuando saborean por ósmosis el consumismo, la agresividad abierta o larvada de la sociedad; cuando se encuentran sin un trabajo estable donde ocupar parte del tiempo..., buscan en la pandilla, en los «colegas», el modo de superar su impotencia y sus «fracasos». Entonces empiezan vertiginosamente «la carrera» de la calle, porque es precisamente en la calle donde pasan la mayor parte de su tiempo y donde reciben multitud de impactos. La calle pasa a ser así su gran espacio vital, donde se va a configurar el universo fundamental de sus vivencias: las salas de juego, los bares, las discotecas, las casas abandonadas, los bajos de las casas, las plazas, etc., serán los «centros sociales» de reunión de la «panda». De esta forma, estos ámbitos se convertirán para ellos en verdaderos «educadores sociales». Los medios de comunicación social, especialmente el cine y la televisión, se convertirán en los proveedores principales de abundante material con el que soñar, haciéndoles creer en los valores de la sociedad de consumo, ofreciendo como reclamo una vida fácil que les desvía de sus problemas reales. Además, mientras la mayoría va a prolongar su adolescencia en la figura del estudiante, los adolescentes desfavorecidos se ven sometidos a un proceso de socialización

distinto, en el que se les presentan las mismas metas sociales, pero donde al mismo tiempo se les niegan los medios adecuados para alcanzarlas.

Los «hijos de la calle» se sienten fuertemente sacudidos por los reclamos consumistas que desde el mundo de la publicidad se lanzan indiscriminadamente: pero «es difícil explicarles que, por no tener dinero, ni ellos, ni sus padres, no tienen derecho a ir al cine, comprar tabaco, o comprarse una cerveza. Es difícil hacerles ver que sus coetáneos de otros barrios tienen derecho a tener una moto, ir a la discoteca, a un concierto, o invitar a la novia, y ellos no...»¹.

Los reclamos consumistas suponen una fortísima tentación para estos adolescentes. Por ello polarizan su atención con más facilidad en algo que se les ofrece como modo de romper la rutina, de divertirse o pasar el rato juntos..., y cuando, para satisfacer estas necesidades, se carece absolutamente de medios, comienzan los pequeños robos para poder responder a la conducta socialmente esperada. En este sentido, los «hijos de la calle» adoptan las pautas de consumo de sus homólogos económicamente más fuertes, como medio de equipararse y autoafirmarse siquiera en lo externo y aparente; aunque para ello tengan que utilizar medios socialmente reprobados. De esta forma se cierra el círculo vicioso y se inicia la espiral de conducta socialmente calificada como desviada. Es decir, cuanto más profundamente se vive el desequilibrio entre necesidades —aunque sean ficticias— y posibilidades, mayor es la sensación de impotencia, debilidad, manipulación y desasosiego... De estos sentimientos frustrantes a la violencia, sólo hay un paso.

En definitiva, vemos cómo la calle, claro exponente de la sociedad de consumo, alimenta la misma insatisfacción en todos los jóvenes sin distinción, al no ser capaz de dar respuesta a sus necesidades reales. Ahora bien, a unos, los jóvenes «adaptados», los hace «adeptos al sistema»; y, a otros, a «los jóvenes marginados, los margina aún más, no sólo negándoles la reali-

¹ DE CASTRO, E. (1985). *Hay que colgarlos*. Bilbao: DDB, p. 43.

zación práctica de lo que se les ofrece, sino haciéndoles entrar en pozos más hondos de miseria y marginación; pues, la tensión entre una sociedad que incita al consumo, como forma de vida, y la escasez de posibilidades de muchos jóvenes, se rompe en múltiples formas de inadaptación social: delincuencia, toxicomanías, prostitución juvenil, o simplemente frustración existencial y vacío»².

III. La calle, punto de encuentro

Acabamos de ver la importancia que tiene para los adolescentes desfavorecidos el ámbito de la calle.

Sin embargo, es palpable la ausencia de los creyentes, respecto a tantos jóvenes que, alejados de todo contacto con la comunidad cristiana, no reciben la convocatoria a la fe por ningún conducto. Parece como si los creyentes comprometidos en tareas pastorales tuviésemos miedo a la calle como ámbito evangelizador. No pretendemos idealizar este ámbito, pues hemos apuntado en líneas precedentes los contravalores y contradicciones que la «calle consumista» ofrece. Pero de ahí a eludirla, a olvidarla como lugar de encuentro con los «hijos de la calle», va una distancia muy grande. Si éstos pasan la mayor parte del día en la calle, es inevitable que si queremos acercarnos a ellos, si queremos que nuestra presencia evangelizadora llegue a la parte más preciosa de sus destinatarios, también nosotros tenemos que estar en ella.

Frente a esto, en estos momentos, la presencia eclesial en el mundo juvenil se puede calificar, en su gran mayoría, de institucional —parroquia, escuela— y de sacramental —preparación para la primera comunión, confirmación, matrimonio—. Es un estilo pastoral que está en línea de «conservación», que atiende, sobre todo, a los jóvenes más predispuestos (estudiantes, de familia religiosa, sin excesivos problemas...), pero la llamada urgente nos viene de los jóvenes alejados para los cuales ni

² SEGOVIA, J. L. (1985). *Efectos de los reclamos consumistas en la forma de vida de los jóvenes: alienación-marginación*, en *Corintios XIII*, n.º 34, 91-110.

la fe ni la Iglesia son respuesta válida a los interrogantes de su vida. Estos jóvenes nos siguen recordando que el Reino de Dios es, también, Buena Nueva para ellos.

Nos encontramos, pues, ante un dilema que hemos de dilucidar cuanto antes: replegar todas nuestras fuerzas en una pastoral intraeclesial que se esfuerce por defender y asegurar la vida cristiana de los creyentes ya integrados en la comunidad eclesial, o promover decididamente una pastoral misionera y evangelizadora encaminada a suscitar y edificar comunidades vivas que oferten su fe, como alternativa válida y plenificadora, a los alejados en la fe.

¿Será posible que la comunidad cristiana se plantee en serio una pastoral de presencia e inserción en el mundo de los jóvenes marginados, de tal forma que aparezcamos más como misioneros audaces que como guardianes del orden, la institución, lo «normalizado»...?

En la 16.^a conclusión del Congreso sobre «Evangelización y hombre de hoy» se dice textualmente lo siguiente: «En nuestra situación histórica es urgente pasar de una pastoral de conservación a una pastoral de misión; por ello, consideramos tareas prioritarias de nuestra Iglesia: reevangelizar a los cristianos, evangelizar a los alejados e iniciar en la fe a niños, jóvenes y adultos, participando así en la edificación de un mundo y una humanidad nuevos»³.

Durante mucho tiempo han venido funcionando entre nosotros una serie de mecanismos que tradicionalmente han servido para «transmitir» la fe. Sin embargo, muchos de esos mecanismos han entrado en crisis «sacramentalizadora» y la crisis actual puede ser un estímulo que nos despierte de la inercia y recuperemos la conciencia evangelizadora.

Esta nueva perspectiva conlleva la necesidad de recuperar un estilo de actuación con talante misionero, pues, de una Iglesia

³ VARIOS (1986). *Evangelización y hombre de hoy*. Madrid: EDICE.

preocupada por reclutar miembros de forma cuantitativa, nos debemos dirigir a una Iglesia comunitaria y misionera preocupada por ser luz y levadura del Reino.

En consecuencia, frente a una pastoral masiva de «mantenimiento» a base de acciones pastorales esporádicas, es necesario promover un estilo de pastoral misionera concebida como proceso, si queremos que nuestra acción evangelizadora incida en los destinatarios a los que nos referimos.

Por eso, nos atrevemos a afirmar que en la calle sólo una acción pastoral que parta de la presencia puede ser significativa como portadora de un anuncio liberador. Se nos exige, por tanto, descubrir nuevas formas de presencia para encontrar a los jóvenes en el lugar donde viven sus experiencias vitales más significativas si queremos que les llegue adecuadamente la Buena Nueva que queremos anunciar.

Ahora bien, queremos dejar claro que cuando hablamos de «nuevas presencias» no queremos enfatizar tanto el hecho que haya que hacer algo totalmente novedoso, inusitado, sino que estamos apostando por lo «auténtico», es decir, por la presencia de comunidades cristianas que vivan auténticamente su fe. En nuestra sociedad, tan habituada a los productos «light», lo verdaderamente nuevo está en lo «genuino», en lo auténtico. Lo novedoso no está tanto en «otras formas», sino en la forma auténtica de vivir y de presentar el mensaje de Jesús. Se trata de que lo que ofrezcamos a los jóvenes se diferencie de otras ofertas precisamente por su sello de autenticidad: «made in Evangelio».

IV. La evangelización de los «hijos de la calle»

Después de lo que acabamos de explicitar, si nuestra opción de Iglesia misionera se concreta en la evangelización de los jóvenes más desfavorecidos, desde el comienzo hemos de ser conscientes de la dificultad que esta acción conlleva. Por una parte debemos afrontar las dificultades provenientes de las gra-

ves carencias y deterioros personales que sufren «los hijos de la calle»; todo ello agravado por las penosas condiciones de vida que configuran su entorno, que dan lugar a una «cultura vital» y a unos comportamientos muy distintos de los considerados «normales». Por otra, tendremos que enfrentarnos al escepticismo que demuestran frente a una Iglesia que sienten muy poco cercana, y en muchas ocasiones «casada» con los poderosos.

Por lo tanto, estar dispuestos a evangelizar a los jóvenes más «machacados» implica empezar a recorrer nuevos y audaces caminos en la evangelización, aunque perdamos, en muchos momentos, nuestras seguridades y nos sobrevengan amenazas y ataques que hasta entonces no hayamos sufrido.

Solamente, desde una profunda fe en Dios podremos superar esas dificultades y seguir viviendo fielmente en el mundo conflictivo, aunque nos encontremos en un primer momento desamparados, evitando la tentación de refugiarnos en un mundo que nos es familiar y en el que nos sentimos seguros.

4.1. La «convocatoria» como punto de partida

Todo proyecto evangelizador, entendido en clave procesual, implica una serie de etapas que se han de recorrer necesariamente. Llegar, con estos adolescentes, a una meta determinada requiere un largo proceso evolutivo de maduración, por lo que evidentemente las prisas y aceleraciones resultarán perjudiciales. No podemos caer en la tentación de esperar grandes cambios en períodos breves de tiempo.

Desde un punto de vista pastoral toda persona ha de recorrer tres etapas fundamentales para llegar a integrar, lo más plenamente posible, el binomio fe-vida. Estas tres etapas son sucesivas, armónicas y convergentes:

- a) *La convocatoria*: se caracteriza por ser una etapa de acogida y de clarificación de los interrogantes e inquietu-

des desde las coordenadas vitales en las que se encuentran los jóvenes a los que se dirige.

- b) *La propuesta de vida cristiana*: caracterizada por ser un proceso de conversión, cuyo fin busca que el adolescente libremente se decida por el seguimiento de Jesús como forma de vida. En definitiva, tomar la decisión de ser cristiano.
- c) *La iniciación a la vida cristiana*: su objetivo es dar consistencia al «ser cristiano» a través de la profundización y maduración de la fe. Esto supone una iniciación en la acogida e interpretación de la Palabra de Dios, iniciación a la oración y celebración, a la participación en la comunidad cristiana, etc.

Por las características de los adolescentes a los que nos dirigimos, nos interesa centrarnos fundamentalmente en la primera de estas tres grandes etapas: *la convocatoria*, pues es aquí donde se encuentra el gran reto de la evangelización de los «hijos de la calle»: cómo hacer que estos adolescentes inicien su proceso de maduración y de búsqueda de sentido.

Para que ese proceso se ponga en marcha, desde nuestro punto de vista, la etapa de la convocatoria ha de ser fundamentalmente un tiempo de educación —entendido el término en su sentido más amplio—, pues creemos que la opción de fe, que intenta posibilitar la evangelización, sólo podrá ir madurando en la medida en que el adolescente vaya «creciendo» inserto en un proceso educativo humanizante.

De lo dicho se deducen tres consecuencias:

- Educar es el nombre concreto de la promoción humana en el campo de los jóvenes marginados, y, por lo tanto, el primer paso para posibilitar el acceso a la fe.
- El acceso a la fe —que el anuncio evangelizador tiene el fin de posibilitar— presupone un proceso de maduración humana, pues la falta de madurez personal, lleva necesariamente consigo una incapacidad para acceder plenamente

te a la fe cristiana. Por ello, se ha de prestar especial atención a las condiciones socio-psicológicas que afectan al adolescente, tratando de «sanear» lo más posible su «estructura mental», su «estructura volitiva», su «estructura relacional» y su «sentido social».

- Las metas fundamentales de todo proyecto educativo verdaderamente humanizador deberán ser incluidas entre los objetivos primarios de toda evangelización que quiera ser significativa y portadora de «Buena Noticia».

En síntesis, desde nuestra perspectiva, la etapa de la Convocatoria es fundamentalmente un tiempo de educación que comprende en un primer momento una acogida incondicional del adolescente en situación, desde la cual iniciar una dinámica de acompañamiento, tratando que éste analice y asuma su problemática vital para seguidamente posibilitar, en un ambiente de amistad y sinceridad, una apertura a nuevos interrogantes significativos que desemboquen en la pregunta religiosa, dentro de los límites de respeto a los ritmos propios de cada persona.

4.2. Itinerario metodológico

Todo proceso educativo requiere una articulación metodológica que le dé coherencia y sentido. Pero tan cierto como lo anterior es el hecho de que no es posible determinar un método que se pueda considerar en cierta forma definitivo y óptimo, es decir, que pueda resultar válido para siempre y en cualquier situación.

Por eso, conviene no olvidar que el itinerario que a continuación vamos a detallar tiene un carácter meramente propositivo, pues, cuando la intervención se dirige hacia grupos de jóvenes «carenciales y explotados», se ha de privilegiar ante todo el respeto a sus propios ritmos y la adecuación a su realidad vital de todo lo que a continuación se va a exponer.

Los **pasos metodológicos** a recorrer serían:

1. **Acogida incondicional** del adolescente tal y como es, tal y como lo encontramos. Esta acogida se ha de realizar:
 - a) A través del hecho de que el adolescente sienta que hay alguien que, a pesar de los pesares, se fía de él, cuenta con él, cree en él, y espera en él lo que, a veces, ni él mismo espera.
 - b) A través del establecimiento de una buena relación interpersonal adulto-adolescente, de tal manera que ese adulto pueda ser alguien significativo para ese adolescente.
2. Inicio de un **proceso** adecuado de **educación-maduración**.
 - a) A través del logro de un elemental dominio del raciocinio lógico y comprensión lingüística que le permita establecer una auténtica comunicación humana. Se trataría de que el adolescente adquiriese la capacidad de llamar por su nombre a la propia existencia, para poder simbolizar y verbalizar los conflictos. Si no se expresa lo que se lleva dentro no se puede madurar.
 - b) A través del desarrollo de habilidades y destrezas para los aprendizajes técnico-profesionales.
3. Profundización de las **experiencias vitales más significativas** para ellos.
 - a) Ayudando a que «vivan» las experiencias, no sólo que «pasen» por ellas. Que las experiencias de vida les impacten, toquen su ser íntimo, les sean significativas.
 - b) Asumiendo, en la medida de lo posible, su pasado.
 - c) Promoviendo la delimitación (aunque sea a grandes rasgos) de un proyecto de vida. Hemos de llegar a que cada experiencia cotidiana nazca y haga referencia a un «proyecto de vida» bastante delimitado; así cada experiencia será una expresión, aunque pequeña, de lo que se quiere ser y vivir.
 - d) Ayudando a rehacer y unificar su mundo interior a través de procesos de «identificación». En una época de fragmentación, sólo se puede alcanzar la unidad interior

por medio de un contacto vital con personas e instituciones de fuerte identidad, respetuosas de la diversidad y, por lo tanto, liberadoras.

4. **Abrirse consciente y activamente a la realidad** circundante.

- a) Analizando los acontecimientos, sobre todo, en sus aspectos menos evidentes.
- b) Buscando los porqués, las interrelaciones, las causas... el significado de las cosas.
- c) Iniciando la realización de pequeñas acciones transformadoras.

5. Posibilitar las **preguntas de sentido**.

- a) Haciendo surgir interrogantes que les pongan en actitud de búsqueda. Es importante lograr que en el adolescente surjan preguntas hondas: ¿qué sentido tiene mi vida?, ¿qué tipo de hombre quiero ser?, ¿por qué me encuentro en esta situación?, ¿soy realmente feliz?...
- b) Ofreciendo experiencias alternativas que sean provocadoras e impactantes para ellos. Es importante poner a los jóvenes en contacto con hechos, personas, acontecimientos y valores que no se deducen inmediatamente de su experiencia histórica. Experiencias que les abran al «testimonio» de hombres y cosas distintas-de-sí-mismos. Algunas de estas experiencias podrían ser: salidas al monte, visitas de..., campos de trabajo, contactos con diferentes grupos, experiencias de distintos estilos de comunidades, movimientos de voluntariado, organizaciones de índole altruista, etc.

Caminar desde estas coordenadas metodológicas es estar apuntando ya desde el principio hacia la educación de la fe. «Cree-mos que sólo se llega al sentido último —y, por tanto, a la pregunta religiosa— descubriendo y valorando progresivamente los significados intermedios (...). Creemos que en toda búsqueda de significado está presente, aunque muy implícitamente, una pregunta de sentido y, por ello, una pregunta religiosa (y, en

consecuencia, una invocación de evangelización) ⁴. Por lo tanto, evangelizar de forma «sensata» a estos adolescentes es apoyar firmemente toda acción educativa que vaya asegurando un buen nivel humano, no sólo en cuanto al nivel intelectual se refiere, sino también en cuanto a provocación de intereses hondos y serios que ayuden a cada uno a construir su propio proyecto de vida y jerarquía de valores.

4.3. *Evangelizar educando y educar evangelizando*

En el mundo de «los hijos de la calle», no se puede dar una verdadera evangelización sin promoción humana. No se puede evangelizar sin concientizar. No se puede evangelizar sin educar. Y, por tanto, no se puede evangelizar sin apostar por un intento de liberación total de esa persona a la que queremos anunciar el Evangelio.

Somos conscientes de que la opción de fe es un don de Dios que la evangelización intenta suscitar a través de una adecuada acción pastoral; pero también debemos recordar que es un acto humano, sujeto a todos los condicionamientos humanos propios de cualquier opción libre y responsable. Por ello, en cuanto acto humano, la opción de fe madurará al ritmo con el que el joven va madurando inserto en un proceso educativo humanizante. Desde esta perspectiva, se entiende que la educación sea la mejor manera de comenzar la evangelización de los adolescentes marginados, pues, aunque evangelizar no se reduce a educar, educar es absolutamente imprescindible para poder madurar y, por lo tanto, para poder ser evangelizado.

De esta forma, a la hora de elegir un modelo de pastoral juvenil en el mundo marginado, se han de tener en cuenta no sólo los contenidos teológicos que se han de transmitir, sino sobre todo el estilo educativo. Cualquier sugerencia teológica que se quiera realizar a estos adolescentes, se ha de insertar dentro de unos procesos educativos que sean adecuados (humanizantes y liberadores) y significativos para los sujetos a los que se

⁴ TONELLI, R. (1985). *Pastoral juvenil*. Madrid: CCS, p. 196.

dirigen. Solamente así, la evangelización será fiel al «principio encarnación».

Evangelización y educación se unen así para estimular al hombre a una existencia humana capaz de llegar a su más plena realización a través de la apertura a lo trascendente. Así, nos encontramos con el objetivo último de la evangelización, que consiste en suscitar y hacer madurar en el hombre la respuesta de fe a través de la conversión. Pero para poder llegar ahí, a la catequesis propiamente dicha, con este tipo de adolescentes debemos recorrer un largo y difícil camino, en el que la cercanía, estímulo, ayuda, confianza y paciencia serán elementos imprescindibles para poder llegar a la meta que como evangelizadores nos ha sido marcada.

V. Objetivos y opciones configuradores de un proyecto educativo-pastoral

A la luz de las reflexiones anteriores, estamos llamados a concebir un proyecto educativo-pastoral que sepa superar los límites y formas de hacer que han sido «clásicas» dentro de los procesos educativos y pastorales tradicionales y que, evidentemente, han sido ineficaces con este tipo de adolescentes.

El objetivo no es nada fácil, pues la oferta que queramos lanzar ha de «codearse» con otras muchas ofertas —algunas de ellas aparentemente mucho más atractivas— que el adolescente recibe de la sociedad en la que está inmerso. Sociedad que le ofrece múltiples formas de alcanzar la felicidad, aunque luego resulten ser ofertas de «infelicidad»; sin embargo, su presentación, estilo, la «marcha» con que aparecen ante sus ojos las hacen tremendamente atrayentes para el joven de hoy. De ahí, que nuestro reto sea hacer nuestra oferta, nuestra «buena nueva», también atrayente para el «hijo de la calle», que quiere sobre todo «vivir la vida».

Obviamente, en estas líneas no podemos dejar plasmado un proyecto concreto de actuación. No es tampoco el objetivo del

presente artículo, ya que no podemos olvidar que todo proyecto tiene una vertiente contextual que sería imposible delimitar aquí. Lo que sí queremos aportar son los grandes objetivos y las opciones, dentro de las cuales, ineludiblemente, se debería enmarcar cualquier proyecto de acción que quisiera ser coherente con las ideas que hasta el momento han ido estructurando nuestra reflexión.

Posteriormente a esta reflexión, vendría el trabajo de concretar las plataformas (taller ocupacional, aula taller, educación compensatoria, casas de acogida, grupos creados en torno a un educador de calle, centros de acogida y apoyo extraescolares, acciones a través de educadores familiares... serían algunas de las posibles concreciones que se podrían hacer), desde las cuales se iniciarían los procesos de acogida y «enganche» de los adolescentes a los que nos dirigimos —etapa de convocatoria—.

5.1. *Objetivos*

Los objetivos que a continuación presentamos intentan conseguir un desarrollo, lo más armónico posible, de la personalidad del adolescente, tanto en su vertiente personal como en la comunitaria y social. Estos objetivos responden a las necesidades básicas que manifiestan los «hijos de la calle» y que hemos recogido anteriormente.

1. **Potenciar el desarrollo del AUTOCONCEPTO de forma positiva en todos sus aspectos.** Para ello:

- Conseguir que el adolescente tenga resueltas sus necesidades básicas y primarias.
- Ayudar al adolescente a que conozca y desarrolle al máximo sus cualidades y capacidades.
- Proporcionar al adolescente un clima afectivo tal que pueda mantener coherentemente una lucha entre las exigencias de su propio yo y los derechos que corresponden a los demás.

- Lograr un equilibrio emotivo basado en la objetivización de la situación vital en la que se encuentra el adolescente de forma que llegue a ser asumida por él.
- Ayudarle a mejorar la propia autoimagen evidenciándole sus logros y conquistas, y estimulando su deseo de proyectarse en el entorno con seguridad y confianza.
- Ayudarle en la consolidación de una adecuada escala axiológica que modere su conducta.
- Ayudar al adolescente a que sea capaz de autodescribirse, autorrepresentarse y autoclasificarse.

2. Potenciar la INTEGRACION y PARTICIPACION del adolescente en los grupos tanto de iguales como de adultos de forma gratificante. Para ello:

- Ayudarle a que adquiera el sentido de pertenencia a un grupo, haciendo que participe lo más activamente posible en la marcha y funcionamiento de un grupo de iguales.
- Favorecer el conocimiento e intercambio con otros grupos.
- Estimular en el adolescente el sentido de responsabilidad de sus propias acciones en primer lugar, y, poco a poco, del grupo y de su medio ambiente.
- Favorecer la participación activa mediante el acceso a la información y a responsabilidades.

3. Potenciar el APRENDIZAJE de contenidos básicos sociales y culturales. Para ello:

- Iniciarle en la utilización funcional de hábitos y técnicas instrumentales de aprendizaje, estudio y trabajo personal.
- Potenciar el desarrollo de su capacidad de observación, comprensión y expresión.
- Favorecer el despertar, estructuración y consolidación del pensamiento formal.
- Ayudarle en la iniciación de experiencias vitales básicas de vida cotidiana.

- Ayudarle a adquirir un tipo de información y comprensión crítica del mundo en el que vive (cultura básica, conocimiento básico de derechos, deberes, visión del mundo...).
 - Iniciarle en la asunción de límites de autocontrol: horarios, consistencia en el trabajo, aceptar el «no» en determinadas ocasiones, etc.
4. **Constatar y estimular posibilidades de FUTURO en la vida del adolescente.** Para ello:
- Adquisición de conocimientos, automatismos y destrezas que faciliten la orientación vocacional y personal del adolescente.
 - Favorecer y valorar el espíritu de esfuerzo y lucha, eliminando una visión fatalista de la vida.
 - Acompañar y potenciar al adolescente en su proceso de autonomía.
 - Orientarle hacia un proyecto de futuro desde la asunción responsable del presente: capacidad de esperar (frente al «deprisa-deprisa»), de orden (frente al lío, al mogollón), de ahorro (frente al gastar impulsivo), etc.
5. **Ser capaces de crear VINCULACION con el adolescente y ofrecerle modelos de referencia.** Para ello:
- Ayudarle a que tenga experiencia de cercanía y comunicación positiva con los adultos.
 - Mantener un tipo de relación con él basada en la «consistencia» y en el «durar».
 - Presentarle modelos positivos de identificación que le sirvan de pauta de referencia.
 - Potenciar experiencias de gratitud, servicio, silencio, renuncia, etc.

5.2. Opciones

5.2.1. Apostamos por una intervención global y comunitaria

La intervención ha de ser global, es decir, que se contemple dentro de un proyecto de trabajo «integrado», pues debemos aceptar como dato que el fracaso escolar, la marginación social, el paro, la droga, la carencia de oportunidades..., no son hechos aislados que se manifiestan independientemente, sino que se encuentran interrelacionados en las mismas personas, en los mismos grupos humanos.

La intervención ha de ser también «comunitaria», pues el mismo hecho de exigir globalidad al proyecto, conlleva que sean múltiples las personas e instituciones que en él deban intervenir. En alguno de los proyectos puede que deban intervenir instituciones y grupos totalmente autónomos, congregaciones religiosas, Cáritas, administración (ayuntamientos, diputación...), centros escolares, colectivos de lucha contra la marginación, comunidades de base, etc. Ahora bien, no es tanta la disparidad y diversidad que sea imposible la convergencia, pues todos ellos están de alguna forma implicados y empeñados en la superación de los factores configuradores de la inadaptación y marginación juvenil. De ahí surge la necesidad de interdependencia, aunque respetando la necesaria autonomía de cada grupo.

5.2.2. Desde una vivencia de valores alternativos

Los proyectos de intervención han de estar atravesados por una serie de valores de los que ha de ser expresión alternativa ante las formas de comportamiento «normalizado» de la sociedad y ante las formas de comportamiento de «rechazo» de los excluidos.

Sin esa apuesta, sin esa vivencia, nuestra respuesta no puede ser «proyecto portador de sentido», por lo que quedaría reducida a un mero proyecto de acción global «asistencialista». No cabe duda, que pretender ofrecer una respuesta a la margina-

ción, en una situación en la que hemos descubierto que uno de los principales problemas radica en los propios valores de base de esta civilización, no puede plantearse sino haciendo una apuesta clara y convincente por una serie de valores alternativos a los ofrecidos sistemáticamente por la propia sociedad de consumo.

Aunque suene a utópico, nuestra opción conlleva enfrentarnos a la sociedad «normalizada» en lo que de inhumano tiene, apostando por vivir en la tensión que supone la lucha por conseguir unas relaciones sociales más plenamente humanas y humanizadoras frente a unas relaciones sociales despersonalizadas y deshumanizadoras.

Ahora bien, ¿cuáles son los valores a los que nos estamos refiriendo? Sin duda alguna, los recogidos dentro de lo que posteriormente denominaremos como **«signa regni»**. Creemos que la gran mayoría de los valores que subyacen a la concepción de Reino de Dios propugnada por Jesús de Nazaret, son sin duda valores alternativos a las formas y valores sociales a los que estamos habituados. Además, pensamos que ésta es una postura no privativa sólo de «sectores religiosos», pues, apostar por modelos de vida cotidiana opuestos a los del desarrollo incontrolado y a los del consumo, así como la recuperación de unos intereses comunitarios (de solidaridad, apoyo mutuo...) por encima de los individuales y competitivos, es algo que muy bien puede ser defendido por ciertos sectores de nuestra sociedad, que, aunque no creyentes convencidos, han hecho una apuesta de solidaridad y compromiso con los sectores más marginados social y culturalmente.

En definitiva, se trata de aportar al «hijo de la calle» valores encarnados en experiencias vitales, distintas a las que le han conducido a su situación de marginación. Es decir, suministrar materiales de «experiencia» que permitan al sujeto reelaborar su visión de la realidad y, por ello, redefinir su actitud con respecto a ella, desde las nuevas posibilidades que se le ofrecen.

5.2.3. ... Teniendo como líneas eje: la prevención, educación y promoción

Apostamos por estilos de proyectos cuyas líneas-eje sean la prevención, educación y promoción de la juventud inadaptada y socialmente marginada.

- a) La prevención, centrada en la persona en cuanto tal y en el ambiente en el que vive y se desarrolla.
- b) La educación dirigida a ayudar a cada adolescente a descubrir y desarrollar, lo más integralmente posible, los recursos de que está dotado, junto con una capacitación para el trabajo.
- c) Y, por último, promocionar no en un sentido «arribista», sino en el sentido de que el proyecto promueve en todas sus fases el protagonismo personal, social y grupal de los adolescentes a los que se dirige. El sujeto ha de sentirse protagonista de su propia formación. Y ello implica que la persona con la que estamos trabajando asuma la acción en la que se halla inmersa como algo suyo.

5.2.4. ... En clave procesual

El trabajo con la juventud marginada, necesariamente, ha de entenderse en clave procesual. No se trata de una ocurrencia aislada, sino que, al contrario, exige un planteamiento con vocación de continuidad. Alguien dijo en cierta ocasión que los adolescentes marginados necesitaban por lo menos un tiempo igual al que habían estado marginados para salir de esa situación. Aunque evidentemente es una afirmación «apreciativa» sin ningún tipo de valor probatorio, sí tiene un fondo de verdad, que nos hace caer en la cuenta de que el trabajo en el campo de la marginación hay que plantearlo a largo plazo, pues como todo proceso educativo requiere tiempo para ir alcanzando los objetivos marcados. Se trata, pues, de iniciar un largo camino en el que se vaya ayudando al adolescente en el desarrollo interno y externo del máximo de sus capacidades y potencialidades individuales.

5.2.5. ... Para evangelizar en el «cuarto mundo»

A algún lector inquieto, en esta última parte del artículo, le puede haber surgido la pregunta: «pero, en todo esto, ¿dónde queda lo pastoral, lo estrictamente religioso?».

Y nosotros afirmamos que todo lo anterior es ya un modo de evangelización. Pero no de cualquier tipo de evangelización, sino de aquella que se encarna en el denominado «cuarto mundo».

Ahora bien, ¿qué entendemos por evangelizar dentro del cuarto mundo a los «hijos de la calle»? La distinción e interrelación entre los conceptos «signa ecclesiae» y «signa regni» nos va a ayudar a clarificar nuestro pensamiento sobre el tema ⁵.

Bajo la expresión «signa ecclesiae» se recogen las tres características que conforman formalmente la eclesialidad: la Palabra, los Sacramentos y el Ministerio.

Al hablar de «signa regni» queremos referirnos a los signos anticipadores del Reino prometido por Cristo: la paz, la justicia, la liberación, el respeto a los derechos humanos, la satisfacción de los deseos de seguridad e identidad personal, el pleno acceso a los bienes culturales, la búsqueda del sentido de la vida...

Algunos, cuando preguntan por lo pastoral, por el cómo debe ser la evangelización en el cuarto mundo, lo que en realidad están preguntando es cómo hacer para que los sujetos de ese «mundo» lleguen a celebrar explícitamente los sacramentos, escuchen la Palabra, la oración ocupe un lugar importante en su vida, etc. Preguntan y se responden desde la perspectiva eclesial. Ahora bien, ¿es ésta la perspectiva adecuada?

Nos conviene repasar nuestra historia personal y la historia de la propia Iglesia para no olvidar que la eclesialidad de un grupo no es algo dado o prefijado de antemano, sino que es «fruto sabroso» de un largo proceso, no exento de oscuridades y difi-

⁵ Cfr. TONELLI, *o. c.*

cultades. La eclesialidad de un grupo no viene determinada, exclusivamente, por la acogida de la Palabra, la celebración de los sacramentos, la aceptación de la «autoridad eclesial», etc., sino también por la capacidad de ser lugar donde se hacen presentes los «signa regni» y, progresivamente, por transformarse en el lugar donde estos «signa regni» se celebran en «signa ecclesiae». Los «signa ecclesiae» sitúan en una perspectiva correcta y orientan hacia su propia autenticidad a los «signa regni»; pero sin ellos, los «signa ecclesiae» se convierten en celebraciones vacías de verdadero contenido o se transforman en una especie de ritual mágico.

A partir de aquí se entiende la afirmación que anteriormente hemos hecho de que la eclesialidad de un grupo es fruto de un largo proceso, cuyos cimientos comienzan por la apuesta y puesta en práctica de los «signa regni», que posteriormente alcanzarán su pleno sentido al ser iluminados y purificados por la Palabra, celebrados como signos de vida nueva y discernidos comunitariamente.

Estas precisiones nos ayudan a comprender mejor que a estos niveles no es lo mismo la evangelización que la catequización. La evangelización se situaría fundamentalmente al nivel de lo que hemos denominado como «signa regni», mientras que la catequización, propiamente dicha, se situaría en el ámbito de los «signa ecclesiae».

Al hacer esta distinción no queremos llevar al equívoco de hacer pensar en una dicotomía; nada más lejos de nuestro pensamiento. Creemos firmemente en la necesidad de vivir la vida cristiana desde los «signa ecclesiae», pero también queremos hacer ver que esa vivencia en profundidad y verdad es fruto de un largo proceso, el cual requiere superar una serie de etapas y, por lo mismo, exige paciencia y fe, pues la eclesialidad es una característica calificante, pero que requiere por su propia naturaleza una conciencia explícita.

Por lo tanto, nosotros al apostar por devolver la dignidad que les ha sido arrebatada a los jóvenes desfavorecidos, creemos

que estamos iniciando un proceso que podrá culminar en la vivencia de un grupo desde una óptica comunitaria y eclesial.

Esta es nuestra opción: evangelizar comenzando por vivir y hacer vivir en profundidad los «signa regni»; posteriormente —cada uno a diferente ritmo— tendrá la posibilidad de celebrar lo descubierto y vivido desde los «signa ecclesiae». Creemos que ésta fue, también, la apuesta que Jesús realizó a la hora de evangelizar a los pobres entre los que se encarnó.